

C L O V I S D A R D E N T O R

J U L I O V E R N E



I

**EN EL QUE EL PRINCIPAL PERSONAJE
DE ESTA OBRA NO ES PRESENTADO AL
LECTOR.**

Cuando los dos se apearon en la estación de Cette, del tren de París al Mediterráneo, Marcel Lornans, dirigiéndose a Juan Taconnat, le dijo:

-¿Qué vamos a hacer mientras esperamos la partida del paquebote?

-Nada- respondió Juan Taconnat.

-Sin embargo, según la *Guía del viajero*, Cette, aunque no antigua, es una ciudad curiosa. Es posterior a la creación de su puerto, el término del canal Languedoc, debido a Luis XIV.

-¡Y tal vez lo más útil que Luis XIV ha hecho durante su reinado!- respondió Juan Taconnat.- Sin

duda el Gran Rey preveía que acudiríamos a embarcarnos aquí hoy 27 de Abril de 1895.

-Ten formalidad, y no olvides que el Mediodía puede oírnos. Me parece lo más sabio que visitemos a Cette, puesto que en Cette estamos, sus canales, su estación marítima, sus doce kilómetros de muelles, su paseo regado por las límpidas aguas de un acueducto...

-¿Has concluido?...

-Una ciudad- continuó Marcel Lornans- que hubiera podido ser otra Venecia.

-¡Y que se ha contentado con ser una Marsella en pequeño!- respondió Juan Taconnat.

-Como tú dices, mi querido Juan, la rival de la soberbia ciudad provenzal; después de ella, el primer puerto franco del Mediterráneo que exporta vinos, sal, aguardientes, aceites, productos químicos...

-Y que importa pesados como tú- respondió Juan Taconnat volviendo la cabeza.

-Y también pieles, lanas de la Plata, harinas, frutas, bacalao, maderas, metales...

-¡Basta! ¡Basta!- exclamó el joven, deseoso de escapar a aquella catarata de detalles que caía de los labios de su amigo.

-Doscientas setenta y tres mil toneladas de entrada y doscientas treinta y cinco mil de salida- añadió el despiadado Marcel Lornans-, sin hablar de sus talleres de salazón de anchoas y sardinas; de sus salinas, que producen anualmente, de doce a catorce mil toneladas; de su fábrica de toneles, tan importante que ocupa a dos mil obreros y fabrica doscientos mil barriles.

-En los que yo desearía fueses doscientas mil veces encerrado, amigo parlanchín. Y hablando en serio, Marcel, ¿qué puede interesar esa superioridad industrial y comercial a dos jóvenes que se dirigen a Orán con la intención de incorporarse al 5° de cazadores de África?

-Todo es interesante en viaje- afirmó Marcel Lornans.

-¿Y hay en Cette bastante algodón para que pueda uno taparse las orejas?

- Paseando lo preguntaremos.

-El *Argelés* parte dentro de dos horas- dijo Juan Taconnat-, y en mi opinión lo mejor es ir directamente a bordo del *Argelés*.

Y tal vez tenía razón. ¿Cómo visitar con algún provecho en dos horas aquella ciudad siempre en auge? Preciso hubiera sido ir a la balsa de Thau

junto al canal, al fin del cual está construida; subir por la montaña calcárea, solitaria entre la balsa y el mar, ese pilar de Santa Clara, ese flanco en el que la ciudad está dispuesta en forma de anfiteatro, y que las plantaciones de pino convertirán en bosque en un próximo porvenir. ¿No merece detener al turista durante algunos días aquella capital marítima sud-occidental que comunica con el Océano por el canal del Mediodía, con el interior por el canal de Beaucaire, y a la que dos líneas férreas, la una por Burdeos, la otra por el centro, unen al corazón de Francia?

Marcel Lornans, sin embargo, no insistió más, y siguió dócilmente a Juan Taconnat, al que precedía un mozo empujando la carretilla de los equipajes.

Tras corto trayecto llegaron al antiguo dique. Los viajeros del tren, que se dirigían hacia el mismo sitio que los dos jóvenes, estaban ya reunidos. Gran número de los curiosos, a los que siempre atrae la marcha de un barco, esperaban en el muelle, y no sería exagerado calcular el número en unos ciento para una población de 36.000 habitantes.

Ésta posee un servicio regular de paquebotes para Argel, Orán, Marsella, Niza, Génova y Barcelona. Los pasajeros nos parecen muy avisados dando la

preferencia a una travesía que favorece el abrigo de la costa de España y del archipiélago de las Baleares en el Oeste del Mediterráneo. Aquel día unos cincuenta iban a tomar pasaje en el *Argelés*, navío de dimensiones modestas- de ochocientas a novecientas toneladas-, que, dirigido por el capitán Bugarach, ofrecía todas las garantías deseables.

El *Argelés* con sus primeros fuegos encendidos, y lanzando por su chimenea un turbión de humazo negro, estaba amarrado en el interior de la vieja dársena, a lo largo del muelle de Frontignan. Al Norte se dibuja, con su forma triangular, la nueva balsa, en la que termina el canal marítimo. En el opuesto está la batería circular que defiende el puerto y embarcadero de San Luis. Entre éste y la llave del dique de Frontignan, un paso fácil da acceso a la antigua dársena.

Los pasajeros embarcaban por el muelle, en tanto que el capitán Bugarach vigilaba la colocación de los fardos bajo el puente. La cala, llena, no ofrecía un lugar vacío con su cargamento de aceite, de madera, de carbón, de salazones y de los vinos que Cette fabrica en sus almacenes, fuente de una exportación considerable.

Algunos viejos marinos, con los rostros curtidos por la brisa, los ojos brillantes bajo espesas cejas, gruesas orejas orladas de rojo, balanceándose como si estuvieran sacudidos por constante vaivén, hablaban y fumaban en el muelle. Lo que decían era agradable para los pasajeros, a los que una travesía de treinta a treinta y seis horas no deja de emocionar.

-Buen tiempo- afirmaba uno.

-Brisa del Noroeste, que se mantendrá según parece- decía otro.

-Debe de hacer buen fresco en las Baleares- concluía un tercero sacudiendo la ceniza de su pipa.

-Con este viento el *Argelés* andará sus once nudos por hora- dijo el piloto, que acababa de tomar posesión de su puesto a bordo del paquebote.- Además, con el capitán Bugarach no hay nada que temer. El viento favorable está en su sombrero, y no tiene más que descubrirse para lograrle.

Aquellos lobos del mar mostraban mucha seguridad.

Pero ¿quién no conoce el refrán marítimo que dice:

Quien quiera mentir que hable del tiempo?

Si los dos jóvenes no prestaban mas que mediana atención a estos pronósticos o si el estado del mar

no les causaba inquietud alguna, la mayor parte de los pasajeros se mostraba menos indiferente o menos filósofa. Algunos sentían perturbados el estómago y el cerebro aun antes de haber puesto el pie a bordo.

Entre estos últimos, Juan Taconnat hizo fijarse a Marcel Lornans en una familia que sin duda iba a debutar sobre la escena un poco movida del teatro mediterráneo, frase metafórica del más jovial de los dos amigos. Esta familia constaba de padre, madre e hijo. El padre era un hombre de cincuenta y cinco años, de cara de magistrado, por más que no pertenecía a la magistratura, patillas en forma de chuleta, la frente poco desarrollada, baja la estatura, unos cinco pies y dos pulgadas gracias a los zapatos de alto tacón; en una palabra, uno de esos hombres gruesos y pequeños, comúnmente designados con el nombre de tapones de alcuza. Vestía un terno de gruesa tela con diagonal dibujo, una gorra con orejeras cubría su cabeza canosa, y en una de sus manos llevaba un paraguas metido en su luciente funda, y en la otra la manta de viaje de atigrado color, rodeada por una doble correa.

La madre tenía sobre su marido la ventaja de dominarle en algunos centímetros: era una mujer

alta, delgada, de amarillo rostro, aire altivo, sin duda a causa de su elevada estatura; los cabellos peinados en bandas, de un negro sospechoso cuando la mujer se acerca a los cuarenta; la boca delgada, las mejillas manchadas de un ligero humor herpético, y toda su importante persona envuelta en una capa de lana obscura forrada de *petit gris*. Un saco con cerradura de acero pendía de su brazo derecho, y un manguito de piel imitación de marta de su brazo izquierdo. El hijo era un joven insignificante, llegado a la mayor edad hacía seis meses, rostro inexpresivo, cuello largo, lo que, junto a lo demás, es frecuentemente indicio de estupidez nativa; bigote rubio que apuntaba; ojos sin vida, con anteojos de gruesos cristales de miope; cuerpo descuajaringado, sin saber qué hacer de sus brazos y piernas, por más que hubiera recibido lecciones de buenos modales; en una palabra: uno de esos seres nulos o inútiles que, para emplear una locución algebraica, llevan en sí el signo «menos»

Tal era aquella familia de vulgares burgueses. Vivían de una docena de miles de francos de renta proveniente de una doble herencia, no habiendo, por lo demás, hecho nunca nada para aumentarla, ni tampoco para disminuirla. Naturales de Perpignan,

habitaban una antigua casa sobre la Popinière, que alarga la ribera de Tet. Cuando eran anunciados en alguno de los salones de la Prefectura o de la Tesorería general, se hacía de este modo: «El señor y la señora de Desirandelle, y el señor Agatocles Desirandelle»

Llegada al muelle ante el puentecillo que daba acceso al *Argelés*, la familia se detuvo. ¿Embarcarían inmediatamente, o esperarían paseándose el momento de la partida? Gran cuestión en verdad.

-Hemos venido demasiado pronto, señor Desirandelle- dijo la señora con disgusto.- Siempre te pasa lo mismo.

-Y tú no dejas nunca de regañar, señora Desirandelle- respondió el caballero.

La pareja se llamaba siempre «señor y señora», lo mismo en público que en privado, lo que sin duda creía el colmo de la distinción.

-Vamos a bordo- propuso el señor Desirandelle.

-¡Una hora más- exclamó la señora-, cuando tenemos que permanecer tantas en ese barco, que ya se balancea como un columpio!

En efecto, aunque la mar estuviera, en calma, el *Argelés* experimentaba algún balanceo, debido al oleaje, del que la antigua balsa no está completa-

mente libre por el rompeolas de quinientos metros construido a algunas encabladuras del paso.

-Si estando en el puerto sentimos el mareo- respondió el señor Desirandelle-, mejor hubiera sido no emprender este viaje.

-¿Cree, pues, el señor Desirandelle que, si no se tratase de Agatocles, hubiera yo consentido en él?

-Entonces, puesto que está decidido...

-Eso no es una razón para embarcarnos antes de tiempo.

-Pero- observó el señor Desirandelle- sólo tenemos el suficiente para colocar nuestro equipaje, tomar posesión de nuestro camarote y elegir nuestro sitio en el comedor.

-Bien; advierte- respondió la dama secamente- que el señor Dardentor no ha llegado aún.

Y se enderezaba, a fin de extender su campo visual recorriendo con la mirada el muelle de Frontignan. Pero el personaje designado con el resplandeciente nombre de Dardentor no aparecía.

-¡Eh!- exclamó el señor Desirandelle.- Ya sabes que Dardentor no hace lo que los demás... No le veremos hasta el último momento... Siempre se expone que se parta sin él.

-¡Y si ahora ocurriese tal cosa!- exclamó la señora de Desirandelle.

-¡No sería la primera vez!

-¿Porqué ha abandonado la fonda antes que nosotros?

-Iba, querida, a visitar a Pigorin, un viejo toneletero amigo suyo, y ha prometido que se reuniría con nosotros en el barco. Así que llegue subirá a bordo, y estoy seguro que no tendrá tiempo de resfriarse en el muelle.

-Pero no ha llegado.

-No tardará- replicó el señor Desirandelle, que se dirigió hacia el puentecillo.

- ¿Qué piensas tú?- preguntó la señora de Desirandelle a su hijo.

Agatocles no pensaba nada, por la sencilla razón de que nunca lo hacía. ¿Porqué había de interesarse en aquel movimiento marítimo y comercial, transporte de mercancías, embarque de pasajeros, en la agitación de a bordo que precede a la marcha de un paquebote? Emprender un viaje por mar, explorar un país nuevo, no provocaba en él esa alegre curiosidad, esa instintiva emoción tan natural en los jóvenes de su edad. Indiferente a todo, extraño a todo, apático, sin imaginación ni talento, se dejaba hacer.

Su padre le había dicho: «Vamos a partir para Orán», y él había respondido: «¡Ah!» Su madre le había dicho: «El señor Dardentor ha prometido acompañarnos», y él había respondido: «¡Ah!» Ambos le habían dicho: «Vamos a permanecer algunas semanas en casa de la señora Elissane y su hija, a las que tú has conocido en su último viaje a Perpignan», y él había respondido: «¡Ah!» Esta interjección sirve de ordinario para indicar la alegría, el dolor, la admiración, la lástima, la impaciencia; pero en boca de Agatocles hubiera sido difícil decir lo que indicaba, sino la nulidad en la estupidez y la estupidez en la nulidad.

Pero en el momento en que su madre acababa de preguntarle lo que pensaba sobre la oportunidad de subir a bordo, o de permanecer en el muelle, viendo que el señor Desirandelle ponía el pie en el puente-cillo, Agatocles había seguido a su padre, con lo que la señora de Desirandelle se decidió a embarcarse.

Los dos jóvenes se habían ya instalado, en la toldilla de la embarcación. La agitación que allí reinaba les divertía. La aparición de tal o cual compañero de viaje hacía nacer en su espíritu esta o la otra reflexión, según el tipo de los individuos. La hora de la partida se aproximaba.

El silbido del vapor desgarraba el aire. El humo, más abundante, se aglomeraba en el final de la chimenea, muy cercana al palo mayor, que había sido cubierto con su funda amarillenta

La mayor parte de los pasajeros del *Argelés* eran de nacionalidad francesa, que regresaban a Argelia. Soldados que iban a unirse a su regimiento, algunos árabes y algunos marroquíes con destino a Orán. Estos últimos, desde que ponían el pie sobre el puente, se dirigían a la parte reservada a los viajeros de segunda clase. En la popa se reunían los de la primera, para los que estaban destinados exclusivamente la toldilla, el salón y el comedor, que ocupaban el interior, recibiendo luz por una elegante claraboya. Los camarotes la recibían por medio de tragaluces de gruesos cristales lenticulares. Evidentemente, el *Argelés* no ofrecía ni el lujo, ni la comodidad de los navíos de la Compañía Transatlántica o de las Mensajerías marítimas. Los vapores que parten de Marsella para Argelia son de más toneladas, de marcha más rápida, de más propia distribución. Pero cuando se trata de una travesía tan corta, no hay que mostrarse exigentes. Y en realidad, al servicio de Cette a Orán, que funcionaba a precios menos elevados, no le faltaban ni viajeros ni mercancías.

Aquel día, si bien había unos sesenta pasajeros en la proa, no parecía que los de popa debieran pa-

sar de la cifra de treinta o cuarenta. Efectivamente; uno de los marineros acababa de señalar las dos y media a bordo. Dentro de media hora el *Argelés* largaría sus amarras, y los retrasados no son nunca muy numerosos en la partida de los paquebotes.

Desde que desembarcó la familia Desirandelle, se había dirigido hacia la puerta que daba acceso al comedor.

-¡Cómo se mueve ya este barco!- no pudo menos de decir la madre de Agatocles.

El padre no había respondido. No se preocupaba más que de elegir un camarote de tres camas y tres puestos en el comedor cerca de la repostería, sitio por el que llegaban los platos, con lo que se puede elegir los mejores trozos y no estar reducido a servirse lo que los demás dejan.

El camarote que obtuvo su preferencia llevaba el número 9. Colocado a estribor, era uno de los más cercanos al centro, donde las cabezadas de los barcos son menos sensibles. En cuanto al balanceo, no hay que pensar en evitarle. En la proa y en la popa resulta desagradable para los pasajeros que no gustan del encanto de estas mecedoras oscilaciones.

Escogido el camarote, colocado en él el equipaje de mano, el padre, dejando a la señora de Desirandelle colocar sus fardos, volvió al comedor con

Agatocles. La repostería estaba a babor, y a este sitio se dirigió a fin de señalar los tres puestos que deseaba al extremo de la mesa.

Un viajero estaba sentado en un extremo, en tanto que el jefe del comedor y los mozos se ocupaban en disponer los cubiertos para la comida de las cinco.

El mencionado viajero había ya tomado posesión de aquel sitio y colocado su tarjeta entre los pliegues de la servilleta puesta sobre el plato, que llevaba el escudo del *Argelés*. Y sin duda, en el temor de que algún intruso quisiera escamotearle tan buen sitio, permanecería sentado ante su cubierto hasta la partida del paquebote.

El señor Desirandelle le dirigió una mirada oblicua, a la que el otro contestó con una igual; al pasar, leyó estos dos nombres en la tarjeta: *Eustache Oriental*; señaló tres sitios frente a aquel personaje, y seguido de su hijo abandonó, el comedor para subir a la toldilla.

Faltaban unos doce minutos para partir, y los pasajeros retrasados sobre el muelle de Frontignan oirían los últimos silbidos. El capitán Bugarach paseaba por el puente. Desde el mástil de proa, el

segundo del *Argelés* vigilaba los preparativos para desamarrar.

El señor Desirandelle sentía que aumentaba su inquietud. Se le oía repetir con impaciencia:

-¿Pero qué hace que no viene? ¡Sin embargo, sabe que la partida es a las tres en punto!... Va a faltar... ¡Agatocles!

-¿Qué?- respondió éste, al parecer sin saber la causa por la que su padre se entregaba a aquella agitación extraordinaria.

-¿No ves al señor Dardentor?

-¡Cómo!... ¿No ha llegado?

- No... no ha llegado! ¿Qué piensas de esto? Agatocles no pensaba nada.

El señor Desirandelle iba y venía de un extremo a otro de la toldilla, paseando su mirada, ya por el puente de Frontignan, ya sobre el malecón, al opuesto lado de la antigua balsa. El retrasado podía, efectivamente, aparecer por este lado, y con algunos golpes de remo, un bote le hubiera conducido a bordo del paquebote.

¡Nadie! ¡Nadie!

- Qué va a decir la señora de Desirandelle!- exclamó su esposo.- ¡Ella, tan cuidadosa de sus intereses!... ¡Y, sin embargo, es preciso que yo la

prevenga! Si ese diablo de Dardentor no está aquí dentro de cinco minutos... ¿qué hacer?

La desesperación de aquel hombre divertía a Marcel Lornans y a Juan Taconnat. Era evidente que el *Argelés* soltaría pronto sus amarras, y si no se prevenía al capitán, y si éste no concedía el tradicional cuarto de hora de cortesía- lo que no se hace cuando se trata de la partida de un paquebote- se partiría sin el señor Dardentor.

Además, la alta presión del vapor hacía ya mugir a las calderas, y el maquinista disponía su máquina y aseguraba el funcionamiento de la hélice.

En este momento, la señora de Desirandelle apareció sobre la toldilla.

Más seca que de ordinario, más pálida que de costumbre, hubiera permanecido en su camarote para no salir en toda la travesía, de no sentir el aguijón de una real inquietud. Presintiendo que el señor Dardentor no estaba a bordo, a despecho de sus angustias quería pedir al capitán Bugarach que esperase al pasajero retrasado.

-¿Y bien?- dijo a su marido.

-¡No ha llegado!- respondió éste.

-No podemos partir antes que Dardentor.

-Sin embargo...

-Ve a hablar al capitán, señor Desirandelle. Ya ves que yo no tengo fuerzas para ir...

El capitán Bugarach, inspeccionándolo todo, dando órdenes a proa y a popa, parecía poco abordable. A su lado, en el puente, el timonel, con los puños sobre la rueda, esperaba una orden para mover el timón.

No era este momento propio para interpellarle, y, sin embargo, bajo el mandato de la señora de Desirandelle, después de haberse izado penosamente por la escalerilla de hierro, el señor Desirandelle se agarró a los montantes del puente cubierto de tela blanca.

-¿Capitán?- dijo.

-¿Qué quiere usted?- respondió bruscamente, el amo después de Dios, con voz de trueno.

-¿Piensa usted partir?

-A las tres en punto... Y no falta más que un minuto.

- Pero el caso es que un compañero nuestro de viaje se ha retrasado.

-Tanto peor para él...

-Pero ¿no podía usted esperar?...

-Ni un segundo.

-¡Pero se trata del señor Dardentor!

Y al pronunciar este nombre, el señor Desirandelle creía seguramente que el capitán Bugarach iba a descubrirse primero, a inclinarse en seguida.

-¿ Quién es ese Dardentor?... No le conozco...

-El señor Clovis Dardentor... de Perpignan...

-Pues bien, si el señor Clovis Dardentor, de Perpignan, no está a bordo dentro de cuarenta segundos, el *Argelés* partirá sin el señor Clovis Dardentor... ¡Arriad a proa!

El señor Desirandelle rodó más bien que bajó la escala, y fue a la toldilla.

-¿Se parte?- exclamó la señora de Desirandelle, mientras sus mejillas, ya pálidas, se enrojecían.

-¡El capitán es un ganso! ¡No quiere oír nada!... ¡No quiere esperar!...

-¡Desembarquemos al instante!

-Señora de Desirandelle, eso es imposible. Nuestro equipaje está en el fondo de la cala.

-¡Digo que desembarquemos!...

-Nuestros asientos están pagados.

Ante la idea de perder el importe de tres billetes de Cette a Orán, la señora de Desirandelle se puso lívida...

-¡La buena señora amaina su pabellón!- dijo Juan Taconnat.

-¡Entonces se va a rendir!- añadió Marcel Lornans.

Rendíase, en efecto; pero no sin lanzar tremendas recriminaciones.

-¡Ah! Ese Dardentor... Es incorregible...

Jamás está en el sitio que debe... ¿Por qué ha ido a casa de ese Pigorin, en vez de venir directamente al barco?... Y allá... en Orán, ¿qué haremos nosotros sin él?...

-Le esperaremos en casa de la señora Elissane- respondió el señor Desirandelle-, y se reunirá con nosotros en el próximo paquebote, aunque tenga que ir a tomarle a Marsella.

-¡Ese Dardentor!... ¡Ese Dardentor!... - repetía, la señora, cuya palidez aumentó a las primeras oscilaciones del *Argelés*.- ¡Ah!... ¡Si no se tratase de

nuestro hijo!... ¡De la dicha y del porvenir de Agatocles!...

¿Preocupaban su dicha y su porvenir aquel mozo tan nulo, a aquel *minus habens*? No había motivo para suponerlo viéndole tan indiferente a la agitación física de sus padres.

En cuanto a la señora Desirandelle, no tuvo más que la fuerza precisa para exhalar estas palabras, entrecortadas por los gemidos:

-¡Mi camarote!... ¡Mi camarote!...

El puente volante acababa de ser retirado al muelle por los mozos, y el paquebote hizo las evoluciones precisas para dirigirse al paso... La hélice se movió provocando un remolino blancuzco en la superficie de la antigua ensenada. El silbato lanzaba sus agudas notas a fin de anunciar la salida, en la previsión de encontrar fuera algún navío.

Por última vez el señor Desirandelle paseó una mirada desesperada por la gente que asistía a la marcha del paquebote, y después por el extremo del muelle de Perpignan por donde podía aparecer el retrasado... Con un bote aun tendría tiempo de llegar a bordo del *Argelés*.

-¡Mi camarote!... ¡Mi camarote!...- murmuraba la señora de Desirandelle con voz desfallecida.

El señor Desirandelle, muy disgustado por aquel contratiempo y por el alboroto, hubiera enviado con mucho gusto a todos los diablos al señor Dardentor y a la señora de Desirandelle. Pero lo más importante era llevarla al camarote, que no debió abandonar. Procuró levantarla del banco en que se había dejado caer. Hecho esto la cogió por la cintura, y ayudado por una de las camareras la hizo bajar de la toldilla al puente.

Después de haberla arrastrado por el comedor hasta su camarote, se la desnudó, se la acostó, se la envolvió en la manta con el objeto de darle el calor vital, casi extinguido.

Acabada esta operación penosa, el señor Desirandelle subió de nuevo a la toldilla, desde la que sus miradas furiosas y amenazadoras recorrieron los muelles de la antigua balsa.

El retrasado no estaba allí... Y aunque hubiese estado, ¿qué podría hacer sino entonar el *mea culpa*, golpeándose el pecho?

En efecto, después de su evolución, el *Argelés* habíase dirigido por el centro del paso, y recibía los saludos de los curiosos apiñados, de una parte sobre el muelle, de otra en torno del embarcadero de San Luis.

Después modificó ligeramente su dirección sobre babor a fin de evitar una goleta, cuya última bordada se prolongaba al interior de la ensenada, y franqueando el paso, el capitán Bugarach maniobró de forma de dar vuelta al rompeolas por el Norte y doblar el cabo de Cette a pequeña velocidad.

JULIO VERNE

II

**EN EL QUE EL PRINCIPAL PERSONAJE
DE ESTA HISTORIA ES DECIDIDAMENTE
PRESENTADO AL LECTOR.**

-Ya estamos en camino- dijo Marcel Lornans.-
En camino para...

-Lo desconocido- respondió Juan Taconnat-, lo
desconocido, que es preciso investigar para hallar lo
nuevo, como ha dicho Baudelaire.

-¿Lo desconocido, Juan? ¿Es que esperas en-
contrarlo en una simple travesía de Francia a África,
en un viaje de Cette a Orán?

-No niego que se trata de una navegación de
treinta a cuarenta horas, de un simple viaje del que
Orán debe ser la primera, y tal vez la única etapa.
Pero cuando se parte, ¿sabe uno dónde va?

-Seguramente, Juan, cuando un paquebote te lleva adonde debes ir...; y a menos de algún accidente...

-¡Bah!... ¿Quién te habla de eso, Marcel?- respondió Juan desdeñosamente- ¡Los accidentes del mar, una colisión, un naufragio, una explosión de la máquina, hacer el Robinsón quince días en una isla desierta! ¡Linda cosa! No..., lo desconocido, de lo que, por otra parte, no me preocupo, es la X de la existencia, el secreto del destino, que, en la antigüedad, los hombres grababan sobre la piel de la cabra Amaltea, es lo que está escrito en el Gran Libro de allá arriba, y que es imposible leer, es la urna en que están depositados los lotes de la vida que la mano del azar saca...

-Pon un dique a ese torrente de metáforas, o me vas a marear.

- Es la misteriosa decoración que el telón va a descubrir...

-¡Basta! ¡Basta! No caracolees sobre tus quimeras... No cabalgues con la brida suelta...

-¡Ah! Me parece, que tú también te vuelves metafórico.

-Tienes razón, Juan. Razonemos fríamente, y veamos las cosas como son. Lo que pretendemos hacer es muy sencillo. Hemos tomado en Cette pa-

saje para Orán con mil pesetas en el bolsillo cada uno, y vamos a unirnos al 5° de cazadores de África. No hay nada más sabio, ni más sencillo, y en todo esto lo desconocido no aparecerá con sus fantásticas perspectivas.

-¿Quién sabe?- respondió Juan Taconnat, trazando con su dedo índice un mayúsculo punto interrogativo.

Esta conversación, que marca con algunos rasgos distintivos el carácter de ambos jóvenes, se efectuaba en la popa de la toldilla. Desde el banco en que estaban sentados, su mirada, dirigida a proa, no era detenida más que por el puentecillo que dominaba el puente, entre el palo mayor y el palo de mesana del paquebote.

Unos veinte pasajeros ocupaban los bancos laterales y las sillas de tijera que el pabellón, suspendido de su driza, abrigaba contra los rayos del sol.

En el número de estos pasajeros figuraban el señor Desirandelle y su hijo. El primero recorría febrilmente el puente con las manos tan pronto a la espalda como levantadas hacia el cielo. Después poníase de codos en la barandilla y contemplaba la estela del *Argelés*, como si el señor Dardentor, trans-

formado en marsuino, estuviera a punto de aparecer entre la blanca espuma.

Agatocles seguía demostrando la más absoluta indiferencia por el desengaño que tanto disgusto y sorpresa causaba a sus padres.

De los demás viajeros, los unos, los más insensibles al balanceo, que era débil, se paseaban, hablando, fumando, pasándose unos a otros el antejo marino a fin de observar la costa que huía, accidentada en la parte Oeste por la soberbia cima de las montañas pirenaicas. Otros, menos seguros de soportar las oscilaciones del *Argelés*, estaban sentados en sillones de mimbre en el rincón que había obtenido su preferencia para mientras durase la travesía. Algunas viajeras, envueltas en chales, con aire de resignación y la cara triste, habían buscado abrigo en el sitio en que el movimiento es menos perceptible, o sea cerca del centro. Formaban grupos de madres con sus hijos, seguramente muy simpáticos, pero que lamentaban no tener treinta y seis horas más.

En torno de los pasajeros circulaban las camareras del paquebote; en torno de los pasajeros los grumetes, espionando un gesto, una señal para acudir a prestar sus servicios indispensables y fructuosos.

De aquellos diversos viajeros, ¿cuántos irían a sentarse a la mesa cuando sonara la campana transcurridas unas dos horas? Esta era la invariable pregunta que se hacía el médico del *Argelés*, y no se engañaba al calcular en un cincuenta o sesenta por ciento los que ordinariamente faltan a aquella primera comida.

Era el doctor un hombre pequeño y grueso, locuaz, de un buen humor inalterable; de una actividad sorprendente a despecho de sus cincuenta años; gran comedor, gran bebedor, y que poseía una inverosímil colección de fórmulas contra el mareo, a la eficacia de las cuales no prestaba fe alguna. Pero era tan pródigo en palabras consoladoras, persuadía tan delicadamente a su clientela de a bordo que las infortunadas víctimas de Neptuno le sonreían entre dos náuseas.

-Eso no será nada- repetía él.- Tenga usted cuidado de respirar cuando se sienta usted subir y de aspirar cuando se sienta usted bajar. En cuanto ponga usted el pie en tierra firme esto desaparecerá... Esto significa la salud para el porvenir, pues le evitará a usted enfermedades futuras. ¡Una travesía vale tanto como una temporada en Vichy o Uriage!

Los dos jóvenes se habían fijado en aquel hombre pequeño y vivo, que se llamaba el doctor Bruno, y Marcel Lornans había dicho a Juan Taconnat:

-¡He aquí un alegre médico, que no debe merecer el calificativo de *mortífero!*

-No- respondió Juan,- pero solamente porque cura de una enfermedad de la que nadie se muere.

¿Qué era del señor Eustache Oriental, que no había aparecido por el puente?

¿Acaso su estómago experimentaba rebeliones mortificantes, o, para emplear una frase del argot de los marinos, se ocupaba en «contar sus camisas»?

Hay desventurados que llevan docenas de ellas en su maleta.

¡No! El portador de aquel poético nombre no estaba enfermo. No lo había estado nunca en la mar, y jamás lo estaría. Penetrando en el comedor por el vestíbulo de la toldilla, se le hubiera visto al extremo de la mesa, sitio que había elegido y que no abandonaría antes de comer. ¿Cómo disputarle aquel sitio?

Por lo demás, la presencia del doctor Bruno hubiera bastado para dar animación a la toldilla. Entablar relaciones con todos los pasajeros era a la vez su placer y su deber. Ávido de saber de dónde venían, dónde iban, curioso como una hija de Eva,

hablador como una pareja de urracas o mirlos, verdadero hurón introducido en una madriguera, iba del uno al otro, les felicitaba de haber tomado pasaje en el *Argelés*, el mejor paquebote de las líneas argelinas, el mejor dispuesto, el más cómodo, un vapor mandado por el capitán Bugarach, y que poseía- él no lo decía, pero se adivinaba- un médico como el doctor Bruno, etc., etc.

Después, dirigiéndose a los viajeros, les daba toda clase de seguridades sobre los incidentes de la travesía. El *Argelés* no sabía aún lo que era una tempestad. Y ofrecía pastillas a los niños... que tomasen cuantas quisieran los querubines... La cala estaba llena, etc., etc.

Observando aquello, Marcel Lornans y Juan Taconnat sonreían; conocían aquel tipo de médico, que no es raro en el personal de los transportes por mar. Una verdadera gaceta marítima y colonial.

-Ea, caballeros- les dijo después de sentarse a su lado.- El médico de a bordo tiene obligación de entablar relaciones con los pasajeros... Ustedes, pues, me permitirán...

-Con mucho gusto- respondió Juan Taconnat.- Puesto que estamos expuestos a pasar por manos de

usted- a pasar y no a traspasar-, justo es que nos las estrechemos.

Y cambiaron un caluroso apretón de manos.

-Si no me engaño- dijo el doctor, tengo el gusto de hablar con parisienses.

-Sí, señor- respondió Marcel Lornans-, parisienes... de París...- De París... muy bien- exclamó el doctor; del mismo París, no de un distrito... ¿Tal vez del centro?

-Del barrio de la Banca- respondió Juan Taconnat; - y si quiere usted que precise mas, de la calle Montmartre, número 13, piso cuarto izquierda.

-Caballero- dijo el doctor.- Posible es que mis preguntas sean indiscretas, pero nacen de mi calidad de médico. Un médico tiene necesidad de saberlo todo, hasta lo que no le interesa... Ustedes, pues, me dispensarán.

-Está usted dispensado- respondió Marcel Lornans.

Entonces el doctor Bruno desató su lengua como una taravilla. ¡Qué gestos! ¡Qué frases al contar lo que ya sabía de unos y de otros, riéndose de la familia Desirandelle; de aquel señor Dardentor que no había aparecido; alabando por adelantado la comida, que sería excelente; asegurando que el *Argelés* es-

taría al día siguiente a la vista de las Baleares, donde debía esperar algunas horas, escala encantadora para los turistas; dando, en fin, libre curso a su natural verbosidad, o, para emplear palabra que pinte mejor aquel flujo de frases, a su logodiarrea crónica!

-Y antes de embarcarse, ¿han tenido ustedes tiempo de ver a Cette?- preguntó mientras se levantaba.

-No, doctor- respondió Marcel Lornans.

-¡Es lástima! ¡La ciudad vale la pena! ¿Y han visitado ustedes ya a Orán?

- ¡Ni por soñación!- respondió Juan Taconnat.

En aquel instante un grumete se acercó a prevenir al doctor que el capitán Bugarach le aguardaba. El doctor Bruno abandonó a los dos amigos, no sin nuevas protestas de amistad y prometiéndose reanudar una conversación en la que tanto quedaba por saber.

Lo que él no había sabido respecto al pasado y presente de los dos jóvenes conviene resumirlo en algunas líneas.

Marcel Lornans y Juan Taconnat eran primos hermanos por parte de madre, dos hermanas nacidas en París. Desde su más tierna edad, faltos de padre, habían sido educados en condiciones de

fortuna algo difíciles. Externos en el mismo liceo, al terminar sus clases siguieron, Juan Taconnat los cursos de los estudios superiores de comercio, y Marcel Lornans los de la Escuela de Derecho. Pertenecían a la burguesía del París comerciante, y su ambición era modesta. Tan unidos como dos hermanos en la casa común, sentían el uno por el otro el más profundo afecto; una amistad cuyos lazos no se romperían por nada, por más que entre los dos hubiera gran diferencia de carácter.

Marcel Lornans, reflexivo, atento, disciplinado, había tomado la vida por su lado serio, mientras Juan Taconnat, de una jovialidad continua, y tal vez algo más amante de los placeres que del trabajo, era el movimiento, el ruido de la casa. Si sus vivacidades intempestivas le atraían algunas veces reproches, tenía gran habilidad para hacerse perdonar. Por lo demás, lo mismo que su primo, mostraba cualidades que obscurecían sus defectos. Ambos poseían un corazón bueno, abierto, franco, honrado. Ambos sentían verdadera adoración por sus madres, y no es de extrañar que ellas les amasen hasta la debilidad, puesto que ellos no abusaban de este cariño.

Cuando tuvieron veinte años llamóles el servicio militar en calidad de exentos, no teniendo que pasar más que un año en el servicio, tiempo que cumplieron en el regimiento de cazadores de una guarnición cercana a París. La buena suerte hizo que no tuvieran que separarse allí tampoco, ni de escuadrón ni en el cuarto. La vida del cuartel no les disgustó. Cumplieron su oficio con celo y buen humor. Eran excelentes sujetos, considerados por sus jefes, queridos por sus compañeros, y a los que el oficio militar no les hubiera disgustado si desde su infancia se hubieran dirigido sus ideas por tal senda. Aunque sufrieran algunos arrestos- está mal visto en una compañía no sufrirlos-, salieron del regimiento con buena nota.

De regreso a la casa materna, Marcel Lornans y Juan Taconnat, de veintiún años de edad, comprendieron que había llegado la hora de ponerse al trabajo. De acuerdo con sus madres, decidióse que ambos entraran en una casa de comercio de toda confianza. Allí se iniciarían en la práctica de los negocios y tendrían más tarde una participación en aquella casa.

Las señoras de Lornans y de Taconnat les animaban a que buscasen la fortuna por este

camino. Era el porvenir asegurado para sus dos hijos, a los que amaban entrañablemente.

Alegrábales el pensamiento de que dentro de algunos años estarían establecidos; que se casarían convenientemente, y de simples empleados se convertirían en socios primero, en amos después, siendo aun jóvenes; de que el comercio prosperaría; de que el honrado nombre de los abuelos continuaría en los nietos, etc., etc. En fin, esos sueños que se forjan todas las madres y que les salen del corazón. Sueños que, por desgracia, no habían de realizarse. Algunos meses antes de la vuelta del regimiento, antes que ellos entrasen en la casa donde habían de comenzar su carrera, una doble desgracia hirió a los dos primos en su más profundo afecto.

Una enfermedad epidémica que azotó los barrios del centro de París, se llevó a las señoras de Lornans y de Taconnat con algunas semanas de intervalo.

¡Qué dolor para los jóvenes fue el encontrarse solos! Quedaron aterrados, sin poder convencerse de la realidad de tan inmensa desventura.

Sin embargo, era preciso pensar en el porvenir. La herencia de cada uno consistía en unas cien mil pesetas, que con la baja de la plata representaba una

renta líquida de tres mil a tres mil quinientas pesetas, mediano ingreso que no permite permanecer ocioso, cosa que ellos tampoco hubieran hecho. Pero, ¿era conveniente aventurar su pequeña fortuna en negocios tan difíciles en aquella época, entregarla al azar de la industria o del comercio? En una palabra: ¿debían continuar los proyectos formados por sus madres faltando éstas?

Un amigo de la familia, un oficial retirado, antiguo jefe del escuadrón de cazadores de África, intervino en el asunto. El comandante Beauregard les expuso claramente su manera de ver las cosas; no

debían exponer su herencia, sino colocarla en acciones de los caminos de hierro franceses, y alistarse, puesto que no conservaban malos recuerdos de su vida militar. Pronto alcanzarían el grado de suboficiales. Mediante un examen entrarían en la Escuela de Saumur. De ella saldrían con el grado de subtenientes. Una noble, hermosa e interesante carrera se abría ante ellos. Un oficial que sin contar su sueldo poseía tres mil libras de renta, estaba, en opinión del comandante Beauregard, en la situación más envidiable del mundo. Y además, los grados, la cruz, la gloria... En fin, todo lo que puede decir un viejo soldado del África.

¿Quedaron Marcel Lornans y Juan Taconnat muy convencidos de que la carrera militar basta para satisfacer todas las aspiraciones del corazón y del cerebro? ¿Le respondieron con tanta franqueza como el anciano había hablado? ¿Cuándo trataron de ello se persuadieron de que era el único camino que debían seguir, y que marchando por él hallarían la felicidad?

-¿Qué arriesgamos con probar, Marcel?- dijo Taconnat.- Tal vez tiene razón. Nos ofrece recomendarnos al coronel del 5º de cazadores en Orán. Partamos para Orán. Tenemos tiempo de reflexio-

nar durante el viaje. Y una vez en tierra argelina, nos alistaremos o no, según se presenten las cosas.

-Con lo que habremos hecho una travesía y un gasto inútil- dijo el juicioso Marcel Lornans.

-Conformes; pero por algunos centenares de pesetas habremos pisado el suelo de la otra Francia... Esta bella frase vale el gasto Además, ¿quién sabe?

-¿Qué quieren decir esas palabras?

-Lo que dicen de ordinario, y nada más.

Rindióse Marcel no sin trabajo. Convínose que los dos primos partirían para Orán, llevando las recomendaciones del antiguo jefe de escuadrón para su amigo el coronel del 5° de cazadores. Una vez en Orán se decidirían con conocimiento de causa, y el comandante no dudaba que de acuerdo con su opinión.

En resumen: si en el momento de hacer el enganche su resolución se modificaba, regresarían a París, donde buscarían otra carrera. También, aunque en este caso el viaje sería inútil, Juan Taconnat juzgó que el viaje debía ser circular. ¿Qué entendía por esta palabra, cuya significación no comprendió al principio Marcel Lornans?

-Entiendo- dijo el otro- que debemos aprovechar esta ocasión de ver el país.

-¿Y cómo?

-Yendo por un camino y regresando por otro. Esto nos costará mucho más caro, pero será infinitamente más agradable. Por ejemplo, si embarcamos en Cette para Orán, después iríamos a Argel para tomar el barco de Marsella.

-Es una idea...

-Excelente, Marcel. Por mi boca te hablan Tales, Pittacos, Bías, Cleóbulo, Periandro, Chilón y Solón.

Marcel Lornans no se permitió discutir una resolución tan indudablemente dictada por los siete sabios de Grecia, y he aquí por qué el 27 de Abril los dos primos se encontraban a bordo del *Argelés*.

Marcel Lornans tenía veintidós años, y Juan Taconnat algunos meses menos. El primero, de estatura más que regular, era más alto que el segundo, diferencia de dos o tres centímetros solamente. Su aspecto era elegante, el rostro simpático, los ojos un poco velados, impregnados de profunda dulzura, la barba rubia; pero él estaba dispuesto a sacrificarla para conformarse con la Ordenanza.

Si Juan Taconnat no poseía las cualidades externas de su primo; si no representaba como él, lo que en el mundo burgués se llama, un buen mozo, era en extremo agradable; un moreno gracioso, de bi-

gote retorcido, fisonomía astuta, ojos de singular viveza, actitud graciosa... y el aire de un buen muchacho.

Ya se les conoce en lo físico y en lo moral. Están en camino para un viaje que tiene poco de extraordinario. No poseen otra calidad que la de pasajeros de primera clase en aquel paquebote destinado a Orán. ¿La cambiarían a su llegada por la de caballeros de segunda en el 5° de cazadores de África?

-¿Quién sabe?- había dicho Juan Taconnat como hombre convencido de que el azar juega un papel importantísimo en el destino humano.

El *Argelés* llevaba unos veinticinco minutos de marcha, y no iba aun a toda velocidad. El rompeolas quedaba atrás a distancia de una milla, y el barco se preparaba a evolucionar en dirección SO.

En este momento, el doctor Bruno, que se encontraba en la toldilla, tomó el anteojito y le colocó en dirección del puerto a un objeto moviente coronado por volutas de humo negro y vapores blancos.

Mirar fijamente aquel objeto durante algunos segundos, lanzar una exclamación de sorpresa, subir al puentecillo, en el que se encontraba el capitán Bugarach, preguntarle con voz apresurada, ponerle

el anteojo entre las manos... Todo ello fue para el doctor Bruno cosa de medio minuto.

-Capitán mire usted- dijo indicándole el objeto que se aproximaba.

Después de haberle observado el capitán dijo:

-Me parece que es una chalupa de vapor.

-Y es chalupa viene a nuestro encuentro- añadió el doctor Bruno.

-No es dudoso, pues en la proa hacen señales con un pabellón.

-Y bien... ¿dará usted orden de parar?

-No sé si debo. ¿Qué puede querernos esa chalupa?

-Lo sabremos cuando esté junto al barco.

-¡Phs!- dijo el capitán Bugarach, que no parecía sentir deseos de inmovilizar su hélice.

El doctor Bruno no abandonó la partida.

-¡Si fuera el viajero retrasado que corre tras el *Argelés!*...

-¿Ese señor Dardentor, que no ha llegado a tiempo?

-Y que se habrá arrojado en esa chalupa para venir a bordo.

Explicación lógica, pues era evidente que la chalupa, forzando su velocidad, procuraba reunirse al

paquebote antes de que éste llegase a alta mar. Y realmente podía esto ser por cuenta del retrasado, cuya ausencia tan amargamente deploraba la familia Desirandelle.

No era el capitán Bugarach hombre para sacrificar el precio de un billete de primera al disgusto de detenerse durante algunos segundos. Lanzó tres o cuatro juramentos de una sonoridad meridional, pero envió al camarote de las máquinas la orden de detenerse.

La marcha disminuyó progresivamente; se detuvo. Sin embargo, como el oleaje le cogía de costado, su balanceo se acentuó, con gran disgusto de los viajeros y viajeras, víctimas ya del mareo.

Entretanto la chalupa se acercaba con velocidad tal, que el bajo de su branque salía del agua espumosa. Se comenzaba a distinguir a un hombre que desde la proa agitaba su sombrero.

En este momento el señor Desirandelle se atrevió a subir al puentecillo, y dirigiéndose al doctor Bruno, que no había abandonado al capitán, le dijo:

-¿Qué esperan ustedes?

-Esa chalupa- respondió el doctor.

-¿Y qué quiere?

-Dejarnos un pasajero más... Sin duda el que se ha retrasado.

-¡El señor Dardentor!

-El señor Dardentor, si es ése su nombre.

El señor Desirandelle cogió el anteojo que le presentaba el doctor, y después de gran número de infructuosas tentativas, consiguió encuadrar la chalupa en el objetivo del movable aparato.

-¡Él!... ¡Es él!- exclamó.

Y apresuróse a ir a comunicar la buena noticia a la madre de Agatocles.

La chalupa no estaba más que a tres encabladuras del *Argelés*, al que balanceaba el oleaje, mientras que el vapor se escapaba de las válvulas con un ruido de ensordecedora carraca.

La chalupa llegó junto al paquebote en el momento en que el señor Desirandelle, un poco pálido por la visita hecha a su mujer, reaparecía en el puente.

En seguida una escala de cuerda con travesaños de madera cayó contra el flanco del paquebote.

El pasajero se ocupaba en pagar al patrón de la chalupa, y es de presumir que lo hizo a lo príncipe, pues, fue saludado con uno de esos «Gracias, Exce-

lencia», del que los lazarones parecen poseer únicamente el secreto.

Algunos instantes después, el dicho personaje, seguido de su criado, que llevaba una maleta, trepaba por la escala, saltaba sobre el puente, y con el rostro alegre, sonriendo e inclinándose con gracia, saludaba a todos.

Después, viendo al señor Desirandelle que se acercaba para dirigirle reproches:

-¡Eh!... ¡Sí!... ¡Aquí estoy!- exclamó dándole un golpe en el vientre.

III

**EN EL QUE EL SIMPÁTICO HÉROE DE
ESTA HISTORIA EMPIEZA A COLOCARSE
EN PRIMER LUGAR.**

El señor Dardentor, Clovis de nombre, había nacido cuarenta y cinco años antes del comienzo de esta historia en la plaza de la Loge, número 4, en la antigua Ruscino, convertida en capital del Rosellón, hoy capital de los Pirineos Orientales, la célebre y patriótica Perpignan.

El tipo de Clovis Dardentor no era raro en aquella excelente capital de provincia.

Era hombre de estatura más que mediana, anchos hombros, el sistema muscular dominando al nervioso, en perfecta eustenia, es decir, para aquellos que han olvidado el griego, en completo equili-

brio de sus fuerzas; la cabeza redonda, el pelo cortado al rape, la barba negra en forma de abanico, la mirada viva, la boca grande, la dentadura soberbia, el pie seguro, la mano diestra, bien templado física y moralmente, buen muchacho, aunque de naturaleza imperiosa, de buen humor, de inagotable facundia, muy francote, en fin, todo lo más meridional que puede serlo quien no es originario de esa Provenza, en la que se absorbe y resume todo el Mediodía francés.

Clovis Dardentor era soltero, y realmente no se le concebía sujeto a los lazos conyugales, y ni que jamás luna de miel alguna se hubiera levantado en su horizonte.

No quiere esto decir que fuera misógino, al contrario: la sociedad de las mujeres le agradaba; pero era misógamo en alto grado. Este enemigo del matrimonio no concebía que un hombre sano de alma y de cuerpo, lanzado en los negocios, tuviera tiempo de pensar en aquel.

¡El matrimonio! Dardentor no le admitía de inclinación, ni de conveniencia, ni de interés, ni de razón, ni bajo el régimen de la comunidad, ni bajo el régimen de la separación de bienes, ni en ninguna de las maneras usadas en este bajo mundo.

Por lo demás, de que este hombre permanezca soltero no se deduce que haya permanecido en la ociosidad. Esto no se podía decir de Clovis Dardentor.

Poseía una fortuna de dos millones, que no había adquirido ni de sus padres, ni por otra herencia. ¡No! La había ganado con su trabajo. Interesado en numerosas sociedades comerciales o industriales, en las tonelerías, fábricas de mármol, vinos de Rive-saltes, siempre había realizado beneficios considerables. Pero particularmente había consagrado la mayor parte de su inteligencia y de su tiempo a la industria tonelera, tan importante en aquella región. Retirado de los negocios a los cuarenta años, una vez hecha su fortuna, que le producía pingües rendimientos, no quiso ser uno de esos avaros cuidadosos de economizar sus rentas. Desde que se retiró vivía bien, no desdeñando hacer viajes, a París principalmente, donde iba con frecuencia. Dotado de una salud a prueba de todo, poseía uno de esos estómagos que le hubiera envidiado el volátil tan renombrado por esta cualidad, colocado entre los corredores del África meridional.

La familia de nuestro héroe se reducía a él solo. La larga línea de sus antepasados se extinguía en él.

Ni un ascendiente, ni un descendiente, ni un colateral, a no ser en el grado veintiséis o veintisiete, puesto que, según los estadistas, en tal grado son colaterales todos los franceses, con sólo remontarse a la época de Francisco I. Pero, como se comprende, estos colaterales no dan graves motivos de preocupación. Y además, todo hombre, remontándose al principio de la era cristiana, ¿no posee treinta y nueve cuatrillones de abuelos, ni uno más ni uno menos?

Clovis Dardentor no estaba orgulloso por esto. Encontrábase sin familia, en lo que no veía inconveniente alguno, puesto que no había pensado en creársela por los procedimientos que están al alcance de todo el mundo. Hele aquí embarcado para Orán, y tal vez desembarcaría sano y salvo en la capital de la gran provincia argelina.

Una de las razones por las que convenía que el *Argelés* fuese favorecido por una navegación soberbia, era por llevar a bordo a Dardentor. Hasta aquel día, cuando iba a Argel- un país que le gustaba mucho- partía de Marsella, y era aquella la primera vez que otorgaba su preferencia a la línea de Cette. Habiendo hecho a uno de sus paquebotes el honor de confiarle el transporte de su persona, era importante

que hiciera el viaje a gusto, o, en otros términos, que fuera conducido a buen puerto después de una travesía tan corta como feliz.

Al poner el pie en el puente, Clovis Dardentor se volvió a su criado.

-Patricio... Ve a asegurarte de que el camarote número 13 está dispuesto- le dijo.

Patricio respondió:

-El señor sabe que ha sido pedido por telegrama, y no debe tener inquietud alguna en este punto.

-Pues bien, baja mi maleta y elígeme un lugar en la mesa, el mejor posible..., cerca del capitán... Ya tengo el estómago en las patas.

Esta frase pareció sin duda a Patricio poco distinguida, y tal vez hubiera preferido que su amo dijera «en los talones», pues en sus labios dibujóse una mueca despreciativa. Fuera lo que fuera, se dirigió hacia la toldilla.

En este momento Clovis Dardentor notó la presencia del capitán, que acababa de abandonar el puentecillo, y le abordó en estos términos:

-¡Eh!... ¡Eh!... ¡Capitán! ¿Cómo no ha tenido usted paciencia para esperar a sus pasajeros? ¿Le picaba el cuerpo a la máquina del paquebote y le tardaba dar gusto a la hélice?

Esta metáfora no tenía nada de marítima; pero Clovis Dardentor no era marino, y en su figurado lenguaje decía las cosas tal como se le ocurrían, en frases ya abominablemente pomposas, ya terriblemente vulgares.

-Caballero- respondió el capitán Bugarach-, nuestras partidas se efectúan a hora fija, y los reglamentos de la Compañía no nos permiten esperar...

-¡Oh..., no le reprocho a usted por eso!- respondió Clovis Dardentor tendiendo la mano al capitán.

-Ni yo a usted- dijo éste, aunque me haya visto en la necesidad de mandar parar.

-Muy bien- exclamó Clovis.

Y sacudió la mano del capitán Bugarach con el vigor de un antiguo tonelero que ha manejado el apretador y la doladera.

-Sepa usted- añadió- que si mi chalupa no hubiera podido atrapar al paquebote, hubiese seguido hasta Argel...; que de no haber encontrado la chalupa me hubiera arrojado al agua desde el muelle, siguiendo a ustedes a nado... Así soy yo, bravo capitán Bugarach.

Sí... Así era Clovis Dardentor, y los dos jóvenes, que escuchaban con gusto a aquel ente origi-

nal, fueron honrados con un saludo, al que respondieron sonriendo.

-¡Buen tipo!- murmuró Juan Taconnat.

En aquel momento, el *Argelés* se puso en dirección del cabo Agde.

-A propósito, capitán, una pregunta de la mayor importancia- dijo el señor Dardentor.

-Hable usted.

-¿A qué hora se come?

-A las cinco.

-Dentro de cuarenta y cinco minutos entonces... No más pronto..., pero no más tarde.

Y Dardentor hizo una pirueta después de haber consultado su magnífico reloj de repetición, que una gruesa cadena de oro sujetaba

al ojal de su chaleco de buena tela diagonal con tres gruesos botones de metal.

Ciertamente, para emplear una locución justificada por toda su persona, Dardentor tenía mucho *chic* con su sombrero inclinado sobre la oreja izquierda, su chaquetón a cuadros, su manta de viaje, cayendo de la espalda hasta la cintura, sus pantalones bombachos, sus polainas con hebillas de cobre y sus botas de caza de doble suela.

De nuevo, con su fuerte voz, dijo:

-Si he faltado a la partida, no faltaré a la comida, querido capitán, y por poco que el cocinero haya pensado su *menu*, me verá usted masticar como es debido.

De repente, aquel flujo de palabras, cambiando de curso, se dirigió a otro interlocutor.

El señor Desirandelle, que había ido a advertir a su señora la llegada del compañero de viaje, acababa de aparecer.

-¡Eh! ¡Querido amigo!- exclamó Clovis Dardentor.- ¿Y la señora de Desirandelle? ¿Dónde está esa excelente señora? ¿Y el más hermoso de los Agatocles?

-No tema usted, Dardentor- respondió el señor Desirandelle;- no nos hemos retrasado, y el *Argelés* no se ha visto en la necesidad de partir sin nosotros.

-¿Reproches, eh?...

-A fe mía que los merece usted. ¡Qué inquietud nos ha causado!... ¡Nos veíamos desembarcando en Orán, en casa de la señora Elissane sin usted!

-¡No ha sido mía la culpa, Desirandelle, sino del animal de Pegorin! ¡Me ha detenido con sus muestras de viejo Rivesaltes!... Ha sido preciso probarlas todas, y cuando he aparecido en el extremo del muelle, el *Argelés* desembocaba el paso... Pero heme

aquí, y las recriminaciones son inútiles..., ni hay que poner ojos de salmón a medio morir... Esto acabaría por aumentar el vaivén del barco... ¿Y su señora de usted?

-Está en su lecho... un poco...

-¿Ya?

-¡Yal- suspiró Desirandelle, cuyos párpados temblaban.- Y yo mismo...

-¡Querido, un consejo de amigo! No abra usted la boca como lo hace... Téngala usted cerrada cuanto pueda... Otra cosa, es tentar al diablo.

-¡Caramba!- balbuceó el señor Desirandelle...- ¡Usted hable cuanto quiera!... ¡Ah! ¡Esta travesía hasta Orán!... Ni la señora de Desirandelle ni yo nos hubiéramos arriesgado a hacerla, a no tratarse del porvenir de Agatocles...

Tratábase, en efecto, del porvenir del único heredero de los Desirandelle. Todas las noches, Clovis Dardentor, antiguo amigo de esta familia, iba a jugar una partida de *bézigue* o de *piquet* a la casa de la calle de la Popinière. Había visto nacer a aquel niño, le había visto crecer, físicamente al menos, pues la inteligencia habíale estacionado en él. Agatocles hizo en el Liceo esos malos estudios que son lote ordinario de los perezosos y de los ineptos Vocación para

algo, no la tenía. No hacer nada en la vida, le parecía el ideal de una criatura humana. Con lo que heredara de sus padres poseería un día unas diez mil pesetas de renta, lo que ya es algo; pero no hay que extrañar que los señores Desirandelle soñasen un porvenir mejor para su hijo. Conocían a la familia Elissane, que antes de vivir en Argel vivía en Perpignan. La señora Elissane, viuda de un antiguo negociante, de cincuenta años de edad entonces, disfrutaba de bienestar gracias a la fortuna que le había dejado su marido, el que, después de retirarse de los negocios, fijó su residencia en Argel. La viuda no tenía más que una hija de veinte años... ¡Luisa Elissane era un buen partido!, se decía hasta en el Sud-Oranais, y también en los Pirineos occidentales, o por lo menos en la casa de la calle de la Popinière. ¿Qué cosa mejor se hubiera podido imaginar que un matrimonio entre Agatocles Desirandelle y Luisa Elissane?

Pero antes de casarse preciso es conocerse; y aunque Agatocles y Luisa se habían visto niños, no conservaban recuerdo el uno del otro. De forma que, puesto que Orán no venía a Perpignan, pues la señora Elissane no gustaba de viajes, Perpignan iba a Orán. De aquí este viaje, por más que la señora

Desirandelle sentía los síntomas del mareo con sólo ver las olas extenderse en la playa, y por más que el señor Desirandelle, a pesar de sus pretensiones, no tuviera el estómago más sólido. Entonces se pensó en Clovis Dardentor. Éste estaba acostumbrado a viajar. No rehusaría acompañar a sus amigos. Tal vez no se hacía ilusiones sobre el valor del mozo, al que se quería casar; pero, en su opinión, para maridos valen todos los hombres.

Si Agatocles gustaba a la joven heredera, la cosa iría como una seda. Verdad que Luisa Elissane era encantadora...

Cuando los Desirandelle desembarquen en Orán será oportuno momento para presentarla al lector, y éste quedará libre para ponerse sobre la pista y desbancar a Agatocles.

Ya se sabe, pues, la razón que había para que este grupo hubiera tomado pasaje en el *Argelés* y afrontase una travesía mediterránea.

Esperando la hora de la comida, Clovis Dardentor subió a la toldilla, donde se encontraban los viajeros de primera clase, los que el vaivén del barco no había aun enviado a sus camarotes. El señor Desirandelle, cada vez más pálido, le siguió y fue a echarse en un banco.

Agatocles se aproximó.

-¡Eh!... ¡Tú tienes mejor canilla que padre!- dijo Dardentor.- Esto arrulla, ¡eh!

Agatocles respondió que «aquello arrullaba»

-Más vale así, y procura llegar al fin: ¡No vayas a mostrar allá abajo una cara de papel mascado o de calabaza en conserva!

No. ¡No había que temer esto! La mar no producía malestar alguno al mozo.

Clovis Dardentor no había juzgado oportuno bajar al camarote de la señora de Desirandelle. La buena señora sabía que estaba a bordo: con esto bastaba. Los consuelos de Dardentor no hubieran producido efecto alguno, y, además, el señor Dardentor pertenecía a esa categoría de gentes abominables, siempre inclinado a burlarse de las víctimas del mareo. Bajo pretexto de que ellos no le sienten, no quieren admitir que se pueda sentir. ¡Se debiera colgarles a la punta del palo mayor!

Encontrábase el *Argelés* a la altura del cabo de Agde cuando la campana llamó a comer. Hasta entonces el balanceo del paquebote no había sido muy fuerte. La ola, aunque corta, no producía más que un movimiento muy soportable a la mayor parte de los pasajeros; pues el *Argelés* por recibirla casi por la

popa, se movía con ella; era, pues, de esperar que los viajeros no faltarían al comedor. Los pasajeros, y hasta cinco o seis pasajeras, bajaron por la doble escalera de la toldilla ocuparon en la mesa los sitios designados de antemano.

El señor Eustache Oriental ocupaba el suyo, manifestando ya una viva impaciencia. ¡Hacía dos horas que estaba allí! Era de presumir que, terminada la comida, aquel acaparador de buenos sitios subiría al puente, y que no quedaría pegado a su silla hasta la llegada al puerto.

El capitán Bugarach y el doctor Bruno estaban en el fondo del comedor. Nunca faltaban al deber de hacer los honores a los pasajeros. Clovis Dardentor, y los señores de Desirandelle, padre e hijo, se dirigieron a la cabecera de la mesa. Marcel Lornans y Juan Taconnat, con el deseo de estudiar aquellos tipos, se colocaron junto a Dardentor. Los demás, que eran unos veinte, se instalaron a su gusto: algunos cerca del señor Oriental, próximos al sitio por donde venían los platos bajo las órdenes del jefe del comedor.

El señor Clovis Dardentor entabló en seguida relaciones con el doctor Bruno, y se puede tener la seguridad de que con aquellos dos habladores sem-

piternos la conversación no languidecería en torno del capitán Bugarach,

-Doctor- dijo Dardentor; - tengo a gran dicha poder estrechar su mano aunque estuviere llena de microbios como las de sus colegas.

-No tema usted, señor Dardentor- respondió el doctor en el mismo tono de buen humor-, acabo de lavarme con agua boricada.

-¡Bah! Yo me río de los microbios- exclamó Dardentor.- Nunca he estado enfermo, ni un día, ni una hora, mi querido Esculapio. ¡Ni un mal constipado! Jamás he tomado ni una tisana, ni una píldora. Y usted me permitirá creer que no empezaré a medicarme por orden de usted. ¡Oh! ¡La compañía de médicos me es muy agradable! ¡Son buenas personas, sin más que un defecto: el de echar a perder la salud nada más que con tomar el pulso o mirar la lengua! Dicho esto, estoy encantado de estar a su lado en la mesa, y si la comida es buena, la haré honor.

No se dio por vencido el doctor Bruno aunque hubiere encontrado otro más hablador que él. Replicó sin procurar defender el cuerpo médico contra un adversario tan bien armado. Después, y como sirvieran la sopa, nadie pensó en otra cosa que en

satisfacer un apetito aguijoneado por el aire vivo de la mar.

Al principio, las oscilaciones del paquebote no eran tan rudas que molestaran a los pasajeros, hecha excepción del señor Desirandelle, que se puso blanco como su servilleta. No se sentían ni esos movimientos de columpio que comprometen la horizontalidad, ni esas elevaciones y depresiones que desarreglan la postura vertical. Si este estado de cosas no se modificaba durante la comida, los diversos platos seguirían sin contratiempo hasta los postres.

Pero de repente la vajilla empieza a repitar. Las arañas del comedor se balancean sobre la cabeza de los pasajeros, con gran disgusto de éstos. Con el movimiento cada vez más acentuado, las sillas se tambalean. No hay más seguridad en el movimiento de los brazos y de las manos. Los vasos son llevados a la boca con grandes dificultades, y con gran frecuencia los tenedores pinchan en las mejillas o en la barbilla.

La mayor parte de los comensales no pudo resistir aquello. El señor Desirandelle fue el primero que abandonó la mesa con significativa precipitación, a fin de respirar el aire libre... Siguiéronle muchos:

una verdadera desbandada a pesar de que el capitán Bugarach decía:

-Señores, esto no será nada... Esto durará poco.

Clovis Dardentor gritaba:

-¡Vea usted cómo huyen!...

-¡Siempre es así!- dijo el capitán guiñando el ojo.

-No comprendo- respondió Clovis que no se tenga más corazón en el estómago.

Admitiendo que esta expresión no sea contraria a las leyes del organismo humano, y si realmente el corazón puede cambiar de sitio como esta locución popular indica, el de aquellas pobres gentes tendía más bien a subir a los labios que a bajar. En el momento en que el jefe de comedor hizo circular el segundo plato, en la mesa no había más que unos diez intrépidos comensales. Entre estos figuraban, sin hablar del capitán Bugarach, ni del doctor Bruno, acostumbrados a estos casos, Clovis Dardentor, fiel en su puesto; Agatocles, al que la huída de su padre dejó indiferente; los dos primos Marcel Lornans y Juan Taconnat, sin experimentar la menor turbación en sus funciones digestivas; y, en fin, en el extremo opuesto el señor Eustache Oriental, preguntando a los mozos, sin pensar en quejarse por las sacudidas

del *Argelés*, puesto que tenía la elección de los mejores pedazos.

Después de la huída de los pasajeros, el capitán Bugarach arrojó una singular mirada al doctor Bruno, a la que respondió éste con extraña sonrisa. Mirada y sonrisa cuyo significado debió de comprender el jefe del comedor, puesto que en su rostro se reflejaron como en fidelísimo espejo.

Juan Taconnat dio a su primo con el codo y dijo:
-Este es un golpe preparado.

-Me es igual, Juan.

-Y a mí- respondió éste, sirviéndose un sabroso trozo de salmón, del que el señor Oriental no había podido aprovecharse.

La cosa consiste en lo siguiente: hay capitanes, no todos, que con un objeto bien comprensible modifican un poco la dirección del paquebote precisamente al comenzar la comida. Un ligero cambio del timón, nada más. ¿Pudiera dirigírseles por esto algún reproche? ¿Está prohibido durante una media hora escasa ponerse de acuerdo con el balanceo para realizar una economía en los platos de la comida? Seguramente que no.

Por lo demás, aquello no se prolongó; verdad que los pasajeros no sintieron la tentación de volver

a ocupar sus sitios en la mesa, aunque el paquebote tomase una marcha más calmosa.

La comida, servida sólo para algunos comensales, iba pues a continuar en excelentes condiciones, sin que nadie se inquietase por los desdichados arrojados del comedor, y agrupados en el puente en actitudes tan variadas como lamentables.

**EN QUE CLOVIS DARDENTOR DICE
COSAS DE LAS QUE JUAN TACONNAT**

-¡Cuántos sitios vacíos en la mesa, mi querido capitán!- exclamó Clovis Dardentor, mientras el jefe gilaba el servicio sin perder su dignidad de costumbre.

-Y tal vez es de temer que haya más sitios vacíos

-¿Mala? ¡Si es una balsa de aceite!- respondió capitán Bugarach.- El *Ar* ha caído en una con tracorriente en que el oleaje es más duro. Algunas veces sucede esto.

-Y muy frecuentemente a las horas del almuerzo
e-

Efectivamente- añadió Clovis Dardentor con negligencia.- Lo he notado. Y si esas satánicas compañías marítimas se aprovechan de ello...

-No creo más que una cosa, y es que, en lo que a mí se refiere, jamás he perdido si no queda más que un pasajero en la mesa...

-Usted lo ha dicho, señor Taconnat.
Dardentor le llamaba ya por su nombre le conociera de dos días antes.

-Sin embargo- dijo entonces Marcel Lornans.- Estos compañeros vuelvan a la mesa. El balanceo ha disminuido

-Lo repito- afirmó el capitán...- Esto era momentáneo. Ha bastado una distracción del timonel.
s-

asajeros...

cles- recomendó Clovis.

Pero el joven Desirandelle movió la cabeza, pues decidiría a volver al comedor, y no se movió.

En cuanto al jefe del comedor, se dirigió a la puerta convencido de lo inútil del paso que daba.

Las modificaciones se modifiquen, es raro que con el doctor aparentaron gran disgusto.

Después de haber examinado la dirección del paquebote; la ola no le cogía por la proa, y la tranquilidad estaba asegurada para los diecinueve meses que quedaban en sus puestos.

Por lo demás, vale más no ser muchos a la mesa, ello, la intimidad también, y la conversación puede hacerse.

Así sucedió. El peso de ella llevóle, con gran

Por parlanchín que el doctor Bruno fuera, apenas si de tarde en tarde podía colocar alguna palabra. Lo decía a Juan Taconnat, al que la verbosidad de Dardentor divertía mucho. Marcel Lornans

boreaba los mejores tr -
zos, regándoles con una botella de pommard que el
nastilla
de una horizontalidad aseguradora. De los demás
rse.

indiscutibles méritos de la ciudad de Perpignan; el
puesto que en ella ocupaba uno de sus hijos, Clovis
tor en persona; la consideración que le valía

ya había hecho; los que pensaba hacer; su deseo de
visitar a Orán, del que sin cesar le hablaban los D -
siran o-

había partido y no se preocupa

Sería error suponer que este flujo de palabras e -
capadas de los labios de Clovis Dardentor le imp -
día comer. No; la en
las palabras se ejecutaba simultáneamente con ma-

Aquel asombroso tipo hablaba y comía a la vez,
sin olvidarse de vaciar su copa a fin de facilitar la

-¡Qué máquina humana!- pensaba Juan Tacon
nat.- ¡Cómo funciona! Dardentor es uno de los

mejores ejemplares del Mediodía que he encontrado.

admirable objeto de disección, y qué provecho sacaría la Fisiología escudriñando los misterios de tal organismo! Pero como la proposición de que se dejara abrir el vientre hubiera sido inoportuna, el

siempre había gozado de buena salud..

-¿La salud, mi querido doctor? ¿Qué entiende

-Entiendo lo que todo el mundo- respondió el
nición admitida, el
ejercicio permanente, y fácil de todas las funciones
nomía.

-Y aceptando esa definición- hizo ob r-
i-

-Y permanente- añadió Juan Taconnat.
tado enfer
mo- declaró Dardentor, golpeándose el pecho; - y

-Pues bien, querido amigo- preguntó el capitán
Bugarach-, fijado ya lo que se entiende por la pal -

bra salud, ¿permitirá usted que bebamos por la su
ya?

-En efecto, me parece llegada la hora de embocar

En el Mediodía, la expresión «embocar el cham
pagne» es de uso corriente, y pronunciada por Cl -
vis tomaba una magní ncia.

pas, coro
nándose de blanca espuma, y la conversación no se
ahogó... Al co trario.

El doctor Bruno fue el primero que habló.

me responda a esta pregunta: para conservar ese
perturbable salud, ¿se ha abstenido us
ted de todo exceso?

-¿Qué entiende usted por la palabra

-¡Ah!- preguntó Marcel Lornans sonriendo.- ¿Es

de la palabra «exceso», como el de la palabra «s -
lud»?

no, señor Lornans; pero, para
hablar con propiedad, no sé muy bien lo que signif -
ca.

tor-, cometer
excesos es abusar de uno mismo; es usar el cuerpo y

el alma de modo inconsiderado, intemperante e i -
continente...; abandonándose, sobre todo a los pl -
ceres de la mesa; deplorable pasión que no tarda en
destruir el estómago.

-¿Qué es el estómago?- preguntó Clovis Dar -
dentor en tono serio.

-¿Qué es?- exclamó el doctor Bruno.- ¡Diablo!
Una máquina que sirve para fabricar las gastralgias,
las gastritis, las gastroenteritis, las endogastritis, las
exogastritis.

Y al pronunciar este montón de palabras que ti -
nen la raíz por radical, parecía muy satisfecho
de que el estó c -
nes especiales.

Puesto que Clovis Dardentor persistía en sost -
ner que todo lo que indicaba un deterioro en la s -
lud le era desconocido; puesto que rehusaba admitir

Juan Taconnat, muy divertido, empleando la única
locución que resume la intempe

-En fin... y de otra manera..., ¿no se ha divertido
u ted?...

-No, puesto que no me he casado.

Y lanzó una carcajada tal, que los vasos titilaron
i-

Se comprendió que sería imposible saber si aquel
de la sobriedad, y si debía a su temperancia habitual
la exce
de una constitución de hierro, que ningún abuso
había podido estr pear.

-¡Vamos!... ¡Vamos!- dijo el capitán Bugarach.-
e-
e-

-¿Por qué no, querido capitán?

-Sí..., ¿por qué no?- repitió Marcel Lornans.

mente construí

da- añadió Clovis Dardentor,- bien engr
alimentada, no hay motivo para que no dure sie -
pre.

momento en que no falte combustible.

-¡No es combustible lo que faltará- exclamó Cl -
vis Dardentor, dando golpes en su chaleco, que d -
volvió un sonido metálico.- Y ahora, queridos

El señor Desirandelle había al fin aparecido en el su mujer estaban comprendidas en el precio del billete, ¡qué disgusto no poder consumir su parte! Pero apenas abrió la puerta sintióse invadido por amente volvió al puente.

-Por fortuna, Agatocles está en disposición de ciencia, a fin de indemnizarse de los desembolsos

Entretanto, después de la última respuesta de ción se dirigió a otro punto. ¿No se podría encontrar el flaco de aquel v-vidor, buen bebedor y comedor? Indiscutible era ble su salud, y su organismo de hierro. Mas ¿no acabaría mortales? (digamos casi todos para no desanimar a nadie). Y ¿a quién iría su gran fortuna cuando son -ra la hora fatal? ¿Quién tomaría po a-rios del antiguo tonelero a-e-

Se le hizo la pregunta, añadiendo Marcel Lornans:

-¿Cómo no ha pensado usted en hacerse herederos?

-Y ¿cómo?

-¡Diablo! Como se hacen estas cosas exclamó Juan Taconnat:- casándose con una mujer joven, bonita, digna de usted.

-¿Yo casarme?

-Sin duda.

-Es idea que nunca he tenido.

-Pues debiera usted haberla tenido, señor Dardentor- dijo el capitán, y aun es tiempo...

-¿Es usted casado, mi querido capitán?

-No.

-¿Y usted, doctor?

-Tampoco.

-¿Y ustedes, señores?

-No- respondió Marcel Lornans-, y a nuestra edad nada tiene de extraño.

-Y bien, si ustedes no se han casado, ¿por qué quieren que yo lo haga?

-Por tener una familia- respondió Juan Taconnat.

-¡Y los cuidados que la familia trae consigo!

-Para tener hijos...

-¡Y con los hijos, los tormentos que causan!

-En fin, para tener descendientes naturales que se aflijan cuando usted muera...

-¡O que se alegren de ello!

-¿Supone usted- dijo Marcel Lornans- que el Estado no se alegrará si le hereda a usted?

-¡El Estado... heredero de mi fortuna, y que se la comerá como un disipador que es!

-Eso no es responder, señor Dardentor- dijo Marcel Lornans-, y el destino del hombre es formar una familia y perpetuarse en sus hijos.

-Conformes; pero el hombre puede tenerlos sin casarse...

-¿Cómo entiende usted esto?- preguntó el doctor.

-En el buen sentido..., y en lo que a mí atañe, preferiría los que uno busca...

-¿Hijos adoptivos ?- preguntó Juan.

-Seguramente. ¿No es cien veces mejor?... ¿No es lo más sabio? ¡Se les elige! Se les puede buscar sanos de alma y cuerpo, cuando ya han pasado de la edad del sarampión y de la escarlatina. Se les elige

rubios o morenos, bestias o inteligentes; mujer o varón, según el sexo que se desee. ¡Se puede tener uno, dos, tres, cuatro y hasta una docena, según que está más o menos desarrollado el instinto de la paternidad adoptiva! ¡En fin, se tiene libertad para fabricarse una familia de herederos en condiciones excelentes de garantía física y moral, sin esperar que Dios se digne bendecir vuestra unión! ¡Se bendice uno mismo cuando quiere-, y a su gusto!

-¡Bravo, señor Dardentor, bravo!- exclamó Juan Taconnat.- ¡A la salud de sus hijos adoptivos!

Y una vez más chocaron los vasos.

¡Imposible formarse idea de lo que los comensales sentados a la mesa del *Argelés* hubieran perdido de no oír al expansivo Dardentor lanzar la última frase de su discurso! ¡Había estado magnífico!

-Sin embargo- añadió el capitán-, aunque el método de usted es excelente, si todo el mundo se conformara con él, si no hubiera más que padres adoptivos, bien pronto no habría niños que adoptar...

-¡No tanto, capitán, no tanto! Nunca faltará brava gente que se case... ¡Millares de millones!

-Lo que es una fortuna- concluyó el doctor-, pues sin eso el mundo no tardaría en acabarse.

Por este camino siguió la conversación, que no logró distraer al señor Eustache Oriental, que saboreaba su café en el otro extremo de la mesa; ni a Agatocles Desirandelle, que se servía de los distintos postres.

En el curso de ella, Marcel Lornans, recordando el título VII del Código civil, llevó la cuestión al terreno jurídico.

-Señor Dardentor- dijo-, cuando se quiere adoptar a alguno es indispensable tener ciertas condiciones.

-No lo ignoro, señor Lornans, y me parece que ya lleno algunas.

-Efectivamente- respondió Marcel Lornans; - en primer lugar, usted es francés y de uno u otro sexo.

-Más particularmente del sexo masculino si quieren ustedes creerlo...

-Le creemos a usted bajo su palabra afirmó Juan Taconnat-, y no nos sorprende.

-Además- añadió Marcel Lornans-, la ley obliga a la persona que quiera adoptar a no tener hijos ni descendientes legítimos.

-Que es precisamente mi caso, señor abogado- respondió Clovis Dardentor-, y añado que ni aun ascendientes tengo.

-El ascendiente no está interdicto por la ley.

-En fin, yo no los tengo.

-Pero hay algo que usted no tiene, señor Dardentor.

-¿El qué?

-¡Cincuenta años de edad! Es preciso haberlos cumplido- para que la ley permita adoptar.

-Los cumpliré dentro de cinco años si Dios me da vida... Y ¿por qué no ha de dármela?

-Haría mal en lo contrario- dijo Juan Taconnat-, pues no encontraría sitio mejor donde colocarla.

-Esa es mi opinión, señor Taconnat. Así es que esperaré a cumplir mis cincuenta años para hacer el acto de adopción, caso que se presente una ocasión, una buena ocasión, como se dice hablando de negocios.

-Con la condición- añadió Marcel Lornans- de que el adoptado no tenga más de treinta y cinco años; pues la ley exige que el adoptante tenga por lo menos quince años más que el adoptado.

-¡Eh!... ¿Cree usted- exclamó el señor Dardentor- que pienso en regalarme con un hijo viejo o una hija anciana? ¡No! Y no le elegiré de treinta y cinco, ni de treinta, sino al comenzar su mayor edad, puesto que el Código establece que sean mayores...

-Todo eso está muy bien, señor Dardentor- respondió Marcel Lornans- Es indudable que usted llena esas condiciones. Pero, y lo siento por sus proyectos de paternidad adoptiva, hay una que le falta a usted.

-¿Acaso es que no gozo de buena reputación? ¿Quién se permitirá sospechar del honor de Clovis Dardentor, de Perpignan, Pirineos Orientales, en su vida pública o en su vida privada?

-¡Oh! ¡Nadie!...- exclamó el capitán Bugarach.

-Nadie- añadió el doctor.

-No... - Nadie- proclamó Juan Taconnat.

-Nadie, ciertamente- dijo Marcel Lornans-, y no era de esto de lo que quería hablar...

-¿De qué entonces- preguntó Clovis Dardentor.

-De cierta condición impuesta por el Código, condición que usted, sin duda, ha descuidado.

-¿Y cuál es?

-La que exige que el adoptante haya prestado al adoptado, en la menor edad de éste, cuidados no interrumpidos durante un período de seis años.

-¿La ley dice eso?

- Formalmente.

-¿Y quién es el animal que ha puesto eso en la ley?

-¡Poco importa el animal!...

-Y bien, señor Dardentor- preguntó el doctor Bruno insistiendo-, ¿ha prestado usted esos cuidados a algún menor?

-¡No, que yo sepa!

-Entonces- declaró Juan Taconnat no le queda a usted otro recurso que el de emplear su fortuna en un establecimiento benéfico, que llevará el nombre de usted-

-¿La ley lo quiere así?- preguntó Clovis Dardentor.

-Lo quiere- afirmó Marcel Lornans.

Clovis Dardentor no ocultó el descorazonamiento que esta exigencia del Código le causaba. ¡Le hubiera sido tan fácil proveer a las necesidades de la educación de un menor durante seis años! ¡No haber pensado en esto! Verdad que ¿cómo tener la seguridad de haber hecho una elección acertada, tratándose de adolescentes que no ofrecen la menor garantía para el porvenir? Pero ¿era la cosa indispensable? ¿No se engañaba Marcel Lornans?

-¿Usted me asegura que el Código civil?...- preguntó por segunda vez.

-Se lo aseguro- respondió Marcel Lornans.- Consulte usted el Código, título «De la adopción», artí-

culo 345. Hace de esto una condición esencial..., a menos que...

-A menos que...-repitió Clovis Dardentor, y al decirlo serenóse su rostro.- Vamos... acabe usted- exclamó. Me desespera usted con sus excepciones y sus «a menos que»...

A no ser- continuó- Marcel Lornans-, que el adoptado haya salvado la vida al adoptante, ya en un combate, ya arrojándose para salvarle al agua o al fuego, conforme a la ley.

-¡Pero yo ni he caído, ni caeré jamás al agua!- respondió Clovis Dardentor.

-Eso le puede a usted suceder como a cualquiera- dijo Juan Taconnat.

-Espero que no se me quemará mi casa...

-Su casa de usted corre el riesgo de quemarse como cualquiera otra; y si no en su casa, puede usted estar en un teatro..., en este mismo paquebote... Si se declarase un incendio a bordo...

-Sea, señores, el fuego o el agua. En cuanto a un combate, mucho me asombraría tener necesidad de que me socorriesen. ¡Poseo dos buenos brazos y dos excelentes piernas que no reclaman ayuda de nadie!

-¿Quién sabe?- respondió Juan Taconnat.

Llagase lo que llegase, Marcel Lornans, en el curso de la conversación, había establecido las disposiciones de la ley, tales como las presenta el título VIII del Código civil. De otras prescripciones no había hablado por ser inútil la cita. Por ejemplo: nada había dicho de la obligación de que el cónyuge del adoptante consienta en la adopción, puesto que Clovis Dardentor era soltero; ni nada tampoco del consentimiento de los padres del adoptado si éste no había cumplido su mayor edad.

Por lo demás, parecía difícil que Clovis Dardentor llegase a realizar su sueño y se crease una familia de hijos adoptivos. Sin duda podía elegir un adolescente y prodigarle sus cuidados durante seis años consecutivos, y darle con su nombre todos los derechos de un heredero legítimo. ¡Pero qué albur!... Y si no se decidía por esto, veríase comprendido en el tercer caso prescrito por el Código. Era menester que fuera salvado de un combate, de las olas o del fuego. ¿Había probabilidades de que ocurriese tal cosa tratándose de un hombre como Clovis Dardentor? El no lo creía ni nadie lo sospecharía.

Los comensales cambiaron algunas otras palabras, rociadas abundantemente con champagne. Dirigieronse a nuestro héroe algunas bromas, que él

reía el primero. Si no quería morir sin herederos, si renunciaba a dar al Estado el derecho de tal, fuerza era seguir la opinión de Juan Taconnat, consagrandó su fortuna a alguna fundación de caridad. Después de todo, libre era de dar su herencia al primero que se presentase. ¡Pero no... él tenía sus ideas!... Terminada aquella memorable comida, los comensales subieron a la toldilla.

Eran cerca de las siete, pues la comida había durado mucho. Hermosa tarde, que anunciaba una hermosa noche. Respirábase el aire puro del mar. La tierra, hundida por el crepúsculo, no aparecía más que como confusa masa en el horizonte de la parte Oeste.

Mientras hablaban, Clovis Dardentor y sus compañeros se paseaban por la cubierta entre el humo de exquisitos tabacos, de los que Dardentor había hecho buena provisión y ofrecía con encantadora liberalidad.

A las nueve se separaron, despidiéndose hasta el día siguiente.

Clovis Dardentor, después de acompañar al señor Desirandelle al camarote de su señora, se dirigió al suyo, en el que ni el ruido ni la agitación propia de un barco debían turbar su sueño.

Entonces Juan Tacconnat dijo a su primo:

-Tengo una idea...

-¿Cuál?

-¡Si nos hiciéramos adoptar por ese buen hombre!

-¿Nosotros?

-¡Tú y yo... o bien, tú y yo!

-¡Tú estás loco, Juan!

-La noche es buena consejera, Marcel, y yo te diré mañana el consejo que me haya dado.